

ESPAÑA ANTE EL 98

Desde el punto de vista americanista, el siglo XX comienza en España con un año cargado de significación: 1898. Desde entonces, han transcurrido en nuestro país setenta y dos años y no pocos acontecimientos graves, pese a los cuales cada día parece más evidente que el conflicto de 1898 representa uno de los momentos más trascendentales de la historia de España. Posteriores estudios, más serenos, pueden demostrar que en los juicios primeros, casi contemporáneos de los hechos, hubo mucho de exageración, e incluso no poco de caricatura. Sin embargo, la verdad escueta es que lo acontecido fue un «desastre», y ello no sólo por la fulminante derrota, la pérdida de los barcos y la sangre de los hombres, sino porque demostró que «no teníamos Estado, cuando la Restauración, ante la piedra de toque de toda política, que es la guerra exterior, sonó a hueco» (1).

Parece, pues, que las referencias de amargura y de tristeza con que se alude a este período —«la España amarga», la España «vieja y tahir, zaragatera y triste», «el desastre» y tantas más— no están faltas de base. Y sin querer viene a la memoria la comparación con otra circunstancia parecida de la historia de España, cuando también la derrota atenazó el corazón de los españoles: la gran crisis hispana que comienza en 1648 y llena toda la segunda mitad del siglo XVII. Entonces, como después en el 98, la veta brava, amarga, tenebrosa, acre y profunda del alma española se revolvió sobre sí misma en busca de unas razones que explicaran los hechos. El barroco del siglo XVII, con su espíritu crí-

(1) José M.^a García Escudero: **De Cánovas a la República**. Madrid, Rialp, 1951, página 103.

JAIME DELGADO

tico, que se hunde en la esencia de España, recuerda un poco la actitud de muchos de los españoles que contemplaron el 98. Por otra parte, también en el «desastre», como doscientos cincuenta años antes, las viejas rutinas, el ritmo político no se modificaron, lo que amargó más aún los espíritus de quienes clamaban por la necesidad de nuevos modos para salvarse.

Quedó, en definitiva, la actitud crítica, de inquietud, de renovación de valores, aunque, en muchos casos, con olvido de la esencia de España, a la que se quería vaciar en nuevos, pero ajenos moldes, considerados panacea de todos los males y, a la vez, unguento maravilloso para hacer a los españoles mejores, más fuertes y, sobre todo, europeos. En cualquier caso, para todos, de un lado y de otro, el impacto del 98 fue un revulsivo que les puso cara a cara con una realidad que exigía nuevas actitudes.

Se trata de analizar ese impacto en toda la ancha geografía humana de España. No es preciso insistir una vez más en la llamada «generación del 98», que ya tiene tras de sí una abundante literatura. El 98 no fue vivido sólo por un grupo de intelectuales; el 98 fue vivido por todos y en todos los sitios: en el Parlamento, en las redacciones de los periódicos, en las tertulias de los cafés, en el taller, en la obra, en el seno de la familia burguesa y en el hogar campesino, donde el dolor de los hijos perdidos agudizó la desesperación y la desconfianza ante los poderes públicos. Es necesario, pues, ampliar el campo de visión cuando se trata de comprender las repercusiones españolas de la pérdida de las últimas provincias americanas y filipina de España.

Por ello, precisa fijar la atención, en primer término, en el año de la guerra, porque hay, como ha escrito Cepeda, «una España anterior y otra posterior al 98, como hay un Madrid de antes y de después de esa fecha. Hay, además, una «generación del 98», con toda la secuela de su mérito y de su discusión. Pero por encima de estos «antes» y «después», y como razón de ellos mismos, está el año con su discurrir de doce meses, que fueron vividos por los madrileños, al igual que por los demás españoles, bajo la impresión de una guerra, que fue, en su final, una liquidación. Se iba a entrar en el siglo XX a cero con el pasado y con la honda y sobrecogedora tristeza que este balance supone » (2).

El año 1898 está partido, y no por gala, en dos períodos. Hay una primera parte, en que España —la España popular, se entiende— se emborracha de patriotismo y delira cuando piensa en la guerra con Estados Unidos. Gestos bravíos, palabras altas y optimistas, referencias al pasado glorioso de España —que la letra impresa de una prensa irresponsable sirve cada día— aturden a este pueblo, que se entrega por completo, con sus hijos y su dinero, para responder sincera y entusiásticamente a la consigna de sus políticos: «hasta el último hombre y hasta la última peseta». Ejemplo extremo, pero no único, de tal optimismo ofrece Francisco Navarro Ledesma, quien escribía, el 30 de abril de 1898, cuando casi sonaba ya la campana de la derrota, estas palabras: «No hay vacilación respecto del triunfo de la honra de España, que hoy flota en el océano sobre nuestros barcos poderosos» (3).

(2) José Cepeda: *El 98 en Madrid*. Madrid, 1954, pág. 5.

(3) Véase Carmen de Zulueta: *Navarro Ledesma*. Madrid, Edit. Alfaguara, 1968.

ESPAÑA ANTE EL 98

Empresa vana sería la de buscar las razones de tanto optimismo. Por el contrario, personas próximas y conocedoras de la realidad, como Eugenio Bryson, corresponsal del **New York Herald**, hablaban, desde tres años antes por lo menos, del «desorden, desgana y mala paga del ejército novicio español, y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba». E incluso altos jefes militares hispanos habían llegado a dar a entender, en 1895, que España preferiría pactar con Estados Unidos a entregar la gran Antilla a los cubanos (4).

Después, cuando sobrevenga la catástrofe, cambiará completamente el tono: la amargura y la tristeza ponen su nota oscura sobre este alma popular que se desinteresa de todo, para refugiarse en su dolor, en su cansancio o en su chabacanería; para refugiarse, en cualquier caso, en ella misma. Una palabra se alza entonces por encima de cualesquiera otras y llena como un grito todas las bocas: «**responsabilidad**». Responsabilidades por lo de Cuba y Filipinas, responsabilidades por la administración de los Fondos Públicos, responsabilidades por la actuación de militares y políticos. Así, la palabra **responsabilidad** será la primera herencia del 98, que se extiende como una constante de la vida española hasta hoy. ¿Cuántas veces podría recogerse esta voz en el diario de sesiones de las Cortes españolas del siglo XX? Tantas cuantas surja un conflicto, una nueva caída, aparecerá con toda su fuerza, para enturbiar, más que esclarecer, la política española: responsabilidades en Africa, responsabilidades por la semana trágica de Barcelona, responsabilidades de Maura, responsabilidades por el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla, responsabilidades por la Dictadura de Primo de Rivera y, por fin, responsabilidades a la Monarquía. Los resultados últimos de este camino de responsabilidades serían la segunda República y, poco más de un lustro después, la guerra del año 1936.

He aquí una de las primeras repercusiones de los acontecimientos de 1898: la búsqueda infructuosa y apasionada de las causas inmediatas de unos sucesos, que por estar más lejanas envenenaban a los españoles hasta llevarles a la lucha armada. Como ha escrito Hans Jescke, los españoles, «conturbados, inquirieron las causas de este desastre catastrófico, buscaron a los culpables y se agotaron en acusaciones y en furor impotente» (5).

El segundo hecho a destacar entre las consecuencias ideológicas del 98 está constituido por la serie de **antis** que se arrastran a lo largo del siglo XX: antimilitarismo, anticlericalismo, antipoliticismo, sólo aliviados, a veces, por ciertas ideas positivas, aunque exageradamente interpretadas, como la del **européismo**. En efecto, comenzando por el primero de estos conceptos —el antimilitarismo—, desde el mismo momento en que empieza la lucha, se plantea de una forma total y apasionada, que adquirirá su expresión más cruda a la hora de la derrota. Los debates en el Parlamento ilustran suficientemente esta afirmación.

(4) Véase la carta inconclusa de José Martí a Manuel Mercado, fechada en el campamento de Dos Ríos a 18 de mayo de 1895, en José Martí: **Sobre España**. Introducción, selección y notas de Andrés Sorel. [Madrid], [Edit. Ciencia Nueva], [1967], pág. 45.

(5) Hans Jeschke: **La generación de 1898. (Ensayo de una determinación de su esencia)**. 2.ª edic. española. Traducción de Y. Pino Saavedra. Prólogo de Gonzalo Fernández de la Mora. Madrid, Editora Nacional, 1954.

Así, el debate sobre la Marina, en el que intervinieron, con mucha más pasión que sentido de la responsabilidad, todos los oradores de la Cámara. Canalejas, por ejemplo, afirmaba el 3 de mayo que la escuadra norteamericana se había construido con un esfuerzo accesible a los españoles. A su vez, Llorens, el 26 del mismo mes, dijo que España pudo «tener una marina algo menor que la italiana si el derroche no fuera la musa de la Administración: cantidades para buques sirvieron para construir paseos en poblaciones españolas». Seis años antes, el 21 de mayo de 1892, don Antonio Maura había sentenciado: «Prepondera lo que había de ser accesorio, lo que sólo debe existir para que existan buques, y, en realidad, lo accesorio son los buques». Frente a estas acusaciones, la defensa no podía ser más ingenua. Sagasta, en efecto, habló de «la fatalidad»; Silvela, el 5 de mayo del 98, se refería «a los obstáculos inmensos que la vida parlamentaria entraña para la realización de esos ideales militares»; Romero Robledo protestaba por la «juerga patriótica» que representaban las corridas de toros organizadas para construir barcos. Las citas, en fin, podrían multiplicarse indefinidamente, y sus textos adquirirán después, al regreso de Cervera y sus marinos, caracteres dramáticos.

Este antimilitarismo se refleja también en la calle, donde se discute apasionadamente sobre la política de «mano dura» de Weyler o la de «mano blanda» de Martínez Campos. En definitiva, el resultado fue el desprestigio del Ejército, que se acusará claramente más adelante cuando llegue la ocasión de las guerras de Africa en 1907, 1921, 1925, etc. Un historiador ha señalado este hecho con las siguientes palabras: «Para este pueblo, el que moría en las Antillas o en Filipinas, víctima de errores e improvisaciones, es el pobre, carne de su carne, mientras el poderoso se muestra remiso a contribuir como debiera a las suscripciones para la guerra. Esta impresión se graba fuertemente en el alma popular y tendrá mucha fuerza años adelante cuando de nuevo se plantee para España la necesidad de embarcar a sus hijos camino de Africa, donde se ventilan su prestigio y su gloria. Comparemos nada más las despedidas de los soldaditos de Cuba, entre canciones y piropos de las cigarreras madrileñas, con aquellas otras de los años 1907 y 1921, llenas de escenas desgarradoras y de improperios a las cosas más sagradas de la Patria» (6). Un dato más elocuente aún: la huelga revolucionaria de Barcelona tuvo su origen en el embarque de tropas con destino a los territorios españoles de Africa.

El anticlericalismo resulta un poco más difícil de entender como resultado del «desastre», y más bien podría decirse que éste aceleró y cristalizó un proceso más antiguo, cuyas raíces se hunden en la primera mitad del siglo XIX. Recordaré —por citar un ejemplo referente a Santander en 1881— las agrias polémicas que suscitó la excomunión fulminada por el obispo de esta diócesis contra tres directores de periódicos liberales, quienes, a juicio del prelado, habían atacado al clero (7). Pero ahora, cuando se discute el pasado de España y son negadas, en gran parte, las esencias tradicionales, cargando sobre ellas todo el peso del fracaso, aparece más claro este aire de repulsa a la Iglesia y a sus miembros. Ya ha sido notado repetidas veces, a este respecto, el carácter negativo de la gene-

(6) Cepeda, obra cit., pág. 18.

(7) Véase la versión de este hecho por José Martí, en la citada obra, págs. 173-174.

ración del 98 para los problemas religiosos y su frialdad y falta de sensibilidad para este capítulo de la historia de España. Mas para comprender el clima del momento, bastará con fijar unos cuantos hechos concretos: la violenta destitución del Padre Fernández Montaña, preceptor del Rey niño, por su defensa de Felipe II; el apoteósico éxito popular del estreno de «Electra», de Galdós, y la serie de alborotos anticlericales estallados en Barcelona, La Coruña, Jaén, Palma de Mallorca, Alcoy, Pamplona y Valencia.

El antipoliticismo, que tan fatales consecuencias había de tener para el futuro de España, arranca de una frase popular, repetida por todas las bocas en los meses finales del 98: «Nos han engañado. Son unos granujas». De este modo simplista resumió el pueblo su impresión de los hechos. Este pueblo español, sobre el cual se vertieron después los más duros improperios, llegándose a afirmar que «no existía», se entregó de todo corazón a esta guerra. He aquí un hecho que conviene dejar bien claro. Luego, cuando se vea herido en su carne y en su alma, se encogerá de hombros y se divorciará para muchos años de los políticos y del Estado; no querrá saber nada de eso que se llama «los altos intereses de la Patria», «las razones de los partidos», etc., etc. Desde ese instante, participará de una forma pasiva, a través de los caciques, en el juego de las elecciones hasta el año 1931, en que de nuevo recupere —aunque por poco tiempo— su pulso y su entusiasmo, ahora con un eminente carácter social. Precisamente el 98 podría servir para marcar claramente, si no la aparición —porque la aparición puede registrarse ya en 1868— sí la primera culminación en España de la conciencia de clases. Desde entonces, el obrero formará parte, cada vez más numerosamente, de sus propias organizaciones sociales, y la lucha de clases será una realidad en España. En el Parlamento, los políticos seguirán hablando y hablando, sin eco popular, y sus trampas y sus zancadillas servirán tan sólo de temas para los caricaturistas. Mientras tanto, el hombre de la calle se amotinará en huelgas o, llevando la violencia a sus extremos más detestables, empezará a eliminar políticos a bombazos o a tiros de pistola. Recuérdese este dato significativo: el 13 de febrero de 1902, tiene lugar en Barcelona una huelga general, primera de las conocidas en Europa.

Esta desgana, esta vuelta de espaldas a la política ha quedado reflejada en la literatura popular. Piénsese, como prueba, en el poema «Cansera», de Vicente Medina, que comienza con estos sobrecogedores versos:

*Pa que quiés que vaya,
pa ver cuatro espigas pegás a la tierra...*

En ese poema se habla de un sendero por donde se fue el hijo, que jamás volvió; se alude a cosechas en ruina; se insiste en la amargura. Es, en conclusión, el inmenso cansancio agarrado al alma de este español que dio su hijo para la empresa ultramarina.

Años después, una visión crítica, maravillosamente escrita, pero no del todo exacta, ha presentado a este pueblo como bullanguero, chabacano y despreocupado, en esas descripciones de los soldados de Cuba mendigando por las calles, de las corridas de toros, los sainetes del Teatro Apolo y tantas cosas más. Conviene aclarar, sin embargo, que este pueblo reaccionó a su manera, con esa caridad intuitiva e inmediata que alivia la desgracia cuando la tiene delante. Así,

aquellos soldados repatriados callejeaban por las capitales porque en ellas encontraban, al menos, la limosna popular.

Pero debe reiterarse de nuevo que no es totalmente cierta esa apatía de las masas durante todo el año 1898. Díganlo si no las manifestaciones tumultuosas y optimistas de los primeros meses de la guerra y las no menos tumultuosas, aunque hoscas y malencaradas, de los meses finales, contra las que tuvo que actuar la fuerza pública. ¿Quién movió a estas masas? La respuesta surge sola: la prensa. He aquí la clave de los hechos decisivos. La prensa del 98, de todos los matices y de todos los colores, constituye un colosal ejemplo de desconocimiento de la realidad, de apasionamiento y de irresponsabilidad, que va desde los retratos de los enemigos estadounidenses, pintados como «los salchicheros de Boston», en un primer momento, hasta los escritos más duros y negativos sobre la esencia de España. Dentro de esa línea, puede incluirse la palabrería optimista e histérica y el aire de suficiencia acerca de aquello que ignoraba, que revelan, por ejemplo, los conocidos versos de Federico Balart, publicados en *El Imparcial*:

*¡Mejor! ¡Así al villano
verás por fin desnuda la mejilla
y en ella estamparás, para mancilla,
los cinco dedos de tu fuerte mano!
No temas que tu honor reciba ultraje
de esa imbécil canalla
que por táctica tiene el agiotaje
y los dólares por única metralla.*

Con mucha razón pudo, pues, decir Pi y Maragall, en julio de 1898, que «la prensa, que habría podido prestar los mayores servicios, ha contribuido más que el mismo Gobierno a alterar los espíritus. Ha hablado de los Estados Unidos como de una nación de mercaderes ineptos para la guerra, incapaces de sostener una lucha prolongada, sin barcos, sin marinería... Ha encubierto el poder de nuestros enemigos y nuestra debilidad...» (8).

Débase destacar también que en muy pocos momentos ha tenido la prensa más influencia y más eco en la vida de un país. No sólo el hombre de la calle, que devoraba los periódicos, sino el político se dejaron llevar por la ola de la letra impresa. Ahora bien: sería difícil decidir hasta qué punto podría cargarse a la prensa la responsabilidad de la marcha de Cervera y su escuadra a Cuba. Los políticos, en efecto, no tuvieron fuerza ni valor para oponerse a estos gritos de los periódicos, que eran leídos a la luz mortecina de los faroles de gas.

Por otra parte, justo es decir que en el Parlamento se repetían los mismos dicharachos patrioteros, tras los cuales se ocultaba un profundo desconocimiento del adversario y una sobrestimación de las fuerzas propias. Los discursos son, a este respecto, muy sintomáticos y demostrativos. Frecuentes alusiones a los tercios de Flandes; despreciativos epítetos a los yanquis, como «tocineros de Chicago» y «marinería mercenaria», que dijo un aristócrata el 26 de abril de 1898; frases como «el corazón lo puede todo» —lo afirmó un ministro— o como esta otra:

(8) Declaración a *Le Temps*, reproducida en *La Publicidad*, 28 julio 1898, n.º 860, edición de la noche (apud. Laureano Bonet: «Clarín ante al crisis de 1898», en *Rev. de Occidente*, 2.ª época, n.º 73, abril 1969, pág. 109).

«con llevar a Cuba cincuenta mil hombres, los Estados Unidos llevarían sus barcos a proteger las propias costas», e inevitables y repetidas alusiones a David y Goliat, que contradecían, por cierto, la minimización del poderío estadounidense; caricaturizaciones insensatas de los jefes enemigos, como la que alguien hizo de Mac-Kinley, a quien llamó «ese César de guardarropía, que quiere convertir la yarda o vara de medir en cetro», y otras ridículas amenazas bellamente oratorias llenan las brillantes intervenciones parlamentarias de los políticos de la época.

No puede evitarse, en fin, ante la situación individual y colectiva descrita, el recuerdo de unas tremendas palabras escritas por José Martí en enero de 1882: «los españoles —dijo— empiezan a mirar mal los sueños y bien los negocios, pero ellos no harán nunca negocios sino en la medida en que se los dejen hacer los sueños» (9).

Más detenida consideración habría de dedicarse a este punto concreto, pero el tema general que hoy me he propuesto reclama la atención hacia otras dos repercusiones importantes del 98 en España. Son éstas: el separatismo y la regeneración. A falta de estudios monográficos que proyecten más luz sobre el problema de los separatismos catalán y vasco, no parece muy arriesgado pensar —con el apoyo de no pocos datos y testimonios dispersos— que esa línea encontró su dirección política en el Desastre, cuando se sintió o se creyó sentir que la nave española hacía agua y algunos, más miedosos que avisados, acordaron que era más prudente saltar a un bote salvavidas y dar, aislados y empujados, pero más seguros, otro rumbo a la navegación.

El tema de la regeneración es, en cambio, muy conocido. A partir de 1899, con la llegada de Silvela al poder, se inicia un nuevo período dominado por otra idea obsesiva: es necesario regenerarse. El término tenía una profunda significación: regeneración, es decir, volver a hacerse, generarse de nuevo, volver a nacer. Laprocendencia era, bien claro estaba, una absoluta incapacidad, de la que había que desprenderse, con la que había que romper. Atrás quedaría lo viejo, lo muerto. Hacia adelante, la nueva vida colectiva. Palabras, gestos y promesas no faltaron en el que se presentaba brillante orto. Pero apenas contó éste con alguna cosa más. José María García Escudero lo ha dicho de este modo: «Con Silvela se inaugura un período interesante, porque fue la gran oportunidad de rectificación que tuvo el régimen. Pero el régimen no rectificó» (10). Parafraseando las palabras que don José Ortega dedicara, en 1914, al período histórico abierto por la Restauración, diríase que el movimiento regeneracionista también se caracteriza esencialmente como «la imagen de una vida donde sólo hay de real el acto que la imagina» (11).

El comienzo de la «regeneración» podría encarnarse en unas cuantas personas. Los nombres de Joaquín Costa y del general Polavieja son, quizá, los más importantes, pero a ellos hay que agregar los de algunas figuras literarias de la generación, que tuvieron escasa o efímera actuación política: Azorín, Altamira, Baroja, Macías Picavea, Unamuno. Pero conviene distinguir dos posiciones dife-

(9) Artículo «Usanzas de hidalgos», publicado en **La Opinión Nacional** de Caracas el 27 de enero de 1882 (en **Sobre España**, pág. 86).

(10) García Escudero, obra cit., pág. 133.

(11) **Obras completas**, I, pág. 281.

rentes y aun contrarias en orden al punto de partida de cada uno, y hablar, en consecuencia, de una postura optimista y de una postura pesimista. Rafael Altamira, por ejemplo, proclamó siempre su «fe en el pueblo español» como «una simple afirmación de la capacidad española y del valor de la obra realizada en los siglos precedentes, como prueba y acicate para acometer otra igual ahora» (12). De ahí el que la regeneración española se cimentara en un generoso optimismo, que alumbraría de nuevo el amor a la patria y «la conciencia del deber de trabajar por ella siempre —sea cual fuere el estado de ánimo— con las luces que a la dura realidad arranca el trabajo de otros» (13).

No es sorprendente, por tanto, que Altamira, en su discurso inaugural del curso 1898-1899 en la Universidad de Oviedo, al desarrollar el tema «La Universidad y el patriotismo», tratase de fijar el «sentido y carácter que ha de llevar la necesaria regeneración de nuestro pueblo» y avanzase un «programa regeneracionista» que contiene once puntos fundamentales, entre los cuales figuran éstos: la enseñanza de la Historia española, la vinculación de la Universidad «al medio en que vive», el intercambio de profesores y estudiantes españoles con los extranjeros, la máxima promoción de la cultura popular, la resurrección del optimismo y la confianza en las fuerzas nacionales, y éste, que no dejaría de llamar fuertemente la atención en octubre de 1898 y que hoy asombra por su clarividencia: «sangrando todavía las inmensas heridas de las guerras en tierras hispanoamericanas, hay que elevar la voz en defensa de una auténtica solidaridad con aquellos países, hijos de España, esperanza que, de realizarse, nos permitirá ver en poco tiempo cómo termina la tutela —en muchos aspectos peligrosa— que el pensamiento francés, el norteamericano y otros heterogéneos con el de nuestra raza ejercen sobre el espíritu hispanoamericano» (14).

Estas ideas de Altamira impresionaron favorablemente a Joaquín Costa, quien le escribió una carta —fechada en Madrid a 8 de octubre de 1898—, en la que decía, entre otras cosas: «Los problemas que Vd. plantea —restauración del crédito de nuestra historia, psicología colectiva de España— son de alta novedad y capital importancia [...]. Quizá lleve Vd. razón en su censura a los Rudines inconsecuentes de aquí, y que si todos ellos, los que han trabajado como meros teóricos, experimentadores privados y relativos propagandistas —pedagogos de la Institución, sociólogos de Oviedo y Salamanca, colonistas de la Geografía, hidráulicos de Aragón, hacendistas de la Unión Mercantil, etc.— hubieran entrado resueltamente en la corriente política, no fiándose de ser escuchados por los prácticos, los que no se han movido por otro ideal que el disfrute del presupuesto, fiándose sólo de sí propios, haciendo lo que ahora (día del juicio por la tarde, quiero decir, improvisada y tardíamente) hacen como que van a hacer los industriales de las Cámaras, promoviendo a deshora una perturbación más—, es posible que la catástrofe se hubiese en gran parte conjurado, y aun que estaríamos menos mal que en la vispera de las tres guerras». Costa añadía que la Universidad era órgano que «no está menos muerto que la Marina o el Clero, pongo por

(12) Rafael Altamira: **Temas de Historia de España**, Madrid, C.I.A.P., 1929, I, 93-94 (apud. Vicente Ramos: **Rafael Altamira**, Madrid, Alfaguara, 1968, pág. 81).

(13) Altamira: **España en América**. Valencia, 1908, págs. 15-16. Véase también Ramos, obra cit., págs. 83-84.

(14) Ramos, obra cit., págs. 97-98.

caso, sin que la aventajen más que las Diputaciones Provinciales en carecer de pulso»; y compartía, por último, las ideas altamiranas sobre los viajes al extranjero de profesores y alumnos. «Sería —escribe Costa— una **revelación** animadora para todos, y la materialización del **punto de partida** para la nueva era intelectual en España: los alumnos españoles en el extranjero sabrían que su misión era: desde ahí para arriba» (15).

Costa fue, precisamente, como es sabido, la figura que polarizó, al menos por un momento, el interés político de España. Aquel aragonés duro, seco y apasionado movió grandes fuerzas españolas desde noviembre de 1898. La reunión de las Cámaras de Comercio y el manifiesto que publicaron constituyen de ello pruebas de indudable valor. Pero pronto, desgraciadamente, la despreocupación española hizo de Costa un mero gesto, unas voces perdidas entre sus montañas aragonesas, y él mismo, doblegado por el pesimismo, entristecido y lleno de contradicciones —profundamente español en su raíz y enamorado, a la vez, de una técnica europea que no entendía muy bien— se retiró dejando como herencia su famosa frase: «escuela, despensa y administración».

En este punto, parece oportuno traer a colación la tesis orsiana de las constantes históricas o «eones», y, más concretamente, la relativa al eón de «lo femenino y lo viril». Estos dos principios luchan y se reconcilian —como ya señaló Goethe— en el centro de la vida humana y de todos los valores que a ella se refieren; y esta «diferenciación categórica entre lo femenino y lo viril» constituye —según el maestro Eugenio d'Ors— «uno de los temas fundamentales de la Ciencia de la Cultura». Pues bien: ese principio antipolítico que subyace en la crítica de los hombres del 98 y en su postura regeneracionista es una de las notas características de lo femenino. Eugenio d'Ors recuerda, a este respecto, la **Oda a España** de Juan Maragall y su «grito "maternal" de rebelión a la guerra, a la historia, al poder del honor», y ve, en la contraposición que en su texto se hace entre «honor» y «vida», la misma connotación «antipolítica», «rural» y «maternal» que en la doctrina de Costa y en la Castilla de Gabriel y Galán y de Macías Picavea (16).

Procedente de la derecha, el general Polavieja, que no había tenido arte ni parte en el Desastre, es otra de las claves, al menos al principio, de la regeneración, y merece, como tal, un estudio profundo y extenso. Ante la imposibilidad de hacerlo aquí, recordaré tan sólo que el 1 de setiembre de 1898, Polavieja publicó un manifiesto en el que hablaba de descentralización, pureza administrativa, regeneración, caminos nuevos, etc. Pero su inequívoco carácter católico, del que no supo ceder ni una línea, le retiró todo el apoyo de las fuerzas regeneradoras, que le tildaban de «vaticanista». A él mismo le faltó también, quizá, valor y talento para convertirse en el eje de la vida nacional, y por ello no sirvió de nada su acercamiento a Silvela —otro fino, culto e iluso político— para fundar entre ambos la **Unión Conservadora**.

(15) Ramos, obra cit., pág. 99.

(16) Eugenio d'Ors: **La Ciencia de la Cultura**. Madrid, Rialp, 1964, págs. 139-140. La posición de Maragall ante el 98 y sus consecuencias puede verse en Jorge Xifra Heras: «Ideario político de Juan Maragall» (en **Rev. del Instituto de Ciencias Sociales**, Diputación Provincial de Barcelona, n.º 12-13, 1968-1969, págs. 40-43).

JAIME DELGADO

Como se ve, en casi nada o muy poco quedó la pretendida regeneración. Como escribió Maragall el 9 de febrero de 1899, «a la obsesión de la guerra ha sucedido la obsesión de la regeneración; pero ésta se va tanto en palabras, que es de temer que en ellas se consuman todas las energías regeneradoras» (17). Silvela volverá pronto a sus libros y Polavieja al cuartel. Después, en este camino regeneracionista aparecerán los presupuestos de Villaverde, que de verdad querían resolver el problema económico de España como base previa a esa regeneración. Sin embargo, ni las Cámaras de Comercio que gritaron con Costa, ni las clases menos pudientes de la sociedad, a quienes el Estado interesaba, supieron colaborar en aquel verdadero apoyo para una política nueva. Todos querían, sin duda, la regeneración, pero deseaban, a la vez, que el sacrificio lo hicieran otros.

En este camino llegaría luego, por la derecha, el fracaso de Maura; el de Canalejas por la izquierda, y el de Primo de Rivera por ambos lados. En definitiva, la repercusión del 98 fue una sacudida profunda del alma española, pero no encontró los cauces ni las personas adecuadas para producir la rectificación que se necesitaba. Dejó solamente, en el campo de la literatura, un grupo de hombres, todo lo discutibles que se quiera, pero que supieron escribir sobre España, amarga, dolorida y maravillosamente. Y dejó también, en los dominios de la política exterior de España, una directriz nueva, que señalaba el camino hacia una posible grandeza compartida con los pueblos de su estirpe.

Esta orientación, si bien se mira, no carecía de antecedentes. A partir del mes de diciembre de 1836, en que empieza a reconocerse la existencia jurídica de los nuevos Estados hispanoamericanos, con el tratado firmado con México, ilustres personalidades españolas y americanas propician y propagan la necesidad de constituir alguna suerte de superestado o confederación cultural e incluso política, en la que puede verse el origen remoto de nuestros actuales conceptos de Hispanidad y Comunidad Hispánica de Naciones.

En estos fracasados proyectos de unidad supranacional interesa subrayar, sobre todo, la base real en que se apoyaban, que no era otra que la homogeneidad esencial de Religión y Cultura, de estructura económica y organización social, que es característica común de todos los pueblos hispánicos. Así, causaría verdadera sorpresa a un profano el saber hasta qué punto son paralelos y semejantes los procesos históricos de Hispanoamérica y España durante el siglo XIX, pues si la Emancipación rompió la unidad política, no alteró para nada la cultura ni la fisonomía de la sociedad, e incluso los rasgos y modos del desarrollo político fueron absolutamente similares en las dos orillas atlánticas, como demuestran el constitucionalismo a ultranza, la sistemática falsificación del voto, el caciquismo y los pronunciamientos militares, aparte de la evidente influencia ejercida por la legislación liberal española en las Constituciones y en muchas otras leyes de cada uno de los países hispanoamericanos. Sólo en el último tercio del siglo empieza a actuar en América con alguna eficacia un proceso de extranjerización en todos los aspectos, que si bien tiene su paralelo en la corriente de «europeización» de España, acaba orientando a Hispanoamérica más hacia el modelo anglosajón de Norteamérica que hacia otros paradigmas europeos, fueran latinos o germánicos.

(17) Joan Maragall: **Obres completes**. Barcelona, Edit. Selecta, [1960], II, pág. 575.

ESPAÑA ANTE EL 98

He aquí, pues, una afirmación que puede hacerse sin temor a réplica fundada: casi hasta 1900, Hispanoamérica y España constituyen un conjunto de Estados que forman, en definitiva, un solo país. Esta afirmación puede ser mantenida hoy sin gran riesgo de error. Ahora bien: quizás en esta misma similitud pueda existir ya un principio de peligro. Hace menos de un lustro, la reina de Inglaterra dirigió al pueblo estadounidense estas palabras: «Tenemos tantos puntos en común, que muchas veces corremos el riesgo de presumir demasiado unos de otros. Creemos comprendernos sin tomarnos la molestia de comprobar si efectivamente es así, sin hacer el esfuerzo consciente que resulta necesario para apreciar los diferentes factores —sociales, políticos o económicos— que recubren la acción de los demás y gobiernan las formas que tienen que resolver sus problemas». ¿Estamos, quizá, nosotros, los hombres del mundo hispánico, en esa misma situación peligrosa?

La respuesta a esta interrogante no puede ser simple. Los acontecimientos del año 1898, cuya repercusión en la política interna española acaba de exponerse, marcan también el comienzo de un cordial reencuentro entre las dos orillas atlánticas. El fenómeno puede explicarse psicológicamente con facilidad si se piensa que las jóvenes nacionalidades hispanoamericanas debían de hallarse en mejor disposición de ánimo para dialogar con España justamente cuando ésta había perdido por completo su presencia física en el nuevo continente. Durante el siglo XIX, al menos, la existencia del poder español en las Antillas pudo ser considerada atentatoria a la Independencia, y ello dificultó de hecho la mejor comprensión entre la antigua metrópoli y sus territorios ultramarinos. En cambio, la reducción de España a sus límites europeos libró de preocupación a los espíritus hispanoamericanos, quienes pudieron comprender con claridad, por otra parte, que España no representaba ninguna amenaza para ellos.

Se inició, pues, un diálogo abierto entre Hispanoamérica y España, que si bien tuvo su origen en la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento, no empezó a plasmarse en una determinada realidad hasta después del Desastre. Célebres interlocutores americanos en ese diálogo fueron, entre otros, José Enrique Rodó, Joaquín V. González, Mariano Ugarte, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Enrique Larreta, Leopoldo Lugones, Roberto Reyes, Toribio Esquivel Obregón, José Vasconcelos, Antonio Caso, Rubén Darío, etc.

Tan amistosa corriente nacida entonces sobrevivió prácticamente hasta la postguerra española, es decir, hasta el año 1940. Puede decirse que durante esos cuarenta años se crearon y empezaron a sistematizarse conceptos fundamentales para la necesaria delimitación de lo que ya desde principios de siglo se llamó, por boca de monseñor Zacarías de Vizcarra, la Hispanidad. Son los momentos en que intelectuales tan ilustres como don Juan Vázquez de Mella, don Rafael María de Labra, don Marcelino Menéndez y Pelayo, don Juan Maragall, don Miguel de Unamuno, don Rafael Altamira, don Eugenio d'Ors, don José Ortega y Gasset y don Isidro Gomá, entre otros, van dedicando cada vez mayor atención al tema de la Comunidad Hispánica de Naciones, cuya fundamentación y desarrollo recibieron impulso sustancial en la gran síntesis de don Ramiro de Maeztu, primero, y, cuatro años después, en el luminoso ensayo de don Manuel García Morente.

JAIME DELGADO

Muy notable fue, en efecto, la atención dedicada por España al americanismo durante los primeros cuarenta años de este siglo. Es claro que antes de 1900 había comenzado ya esa corriente, y ya se ha aludido, en este aspecto, a la conmemoración de 1892. Debe recordarse ahora, además, que en tal directriz constituyó hito muy importante la publicación de la **Historia de la Poesía Hispanoamericana**, de Menéndez y Pelayo, «libro intercontinental, étnico», como dijo, años después, doña Blanca de los Ríos (18). Pocos años antes, en el de 1885, se había establecido en Madrid la sociedad que se llamó Unión Iberoamericana, presidida por don Faustino Rodríguez San Pedro y cuya Secretaría ejerció Jesús Pando; y también por aquellas fechas daba al público don Juan Valera sus **Cartas americanas**.

Pero quien inició en España de un modo completo y sistemático un programa americanista, «que nadie hasta entonces había formulado tan plenamente», fue Rafael María de Labra, con motivo del Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano, celebrado en Madrid en 1892. Algún día habrá que estudiar a fondo la personalidad y la obra de este hispanocubano, nacido en La Habana en 1841 y fallecido en Madrid en 1918, escritor y político, senador desde 1881 hasta su muerte, buen conocedor de las ciencias jurídicas y sociales, campeón de la lucha antiesclavista y autor de varias e interesantes obras hispanoamericanistas. Mientras tanto, baste por hoy con señalar su importante presencia en este campo, reconocida ya por Altamira, quien le llamó justamente «el verbo definidor y propagandista del hispanoamericanismo, el precursor y en parte el creador del movimiento moderno en ese sentido» (19).

JAIME DELGADO

(18) Blanca de los Ríos: «Menéndez y Pelayo, apóstol de España» (en **Rev. de Estudios Hispánicos**, tomo I, n.º 2, Madrid, febrero de 1935, pág. 139).

(19) Rafael Altamira: **La política de España en América**. Valencia, Edit. Edeta, 1921, pág. 161.